

Flores cordiales.

Nadie habla de ellas como de las otras flores. Y es preciso darles lo suyo.

Las cordiales no son flores de preciosos matices ni de perfume delicado.

Ni falta que les hace.

Cada ser viviente trae á este pícaro mundo una misión que cumplir, aunque de algunos no se sepa qué misión traen, como no sea la de reventarnos.

La Divina Providencia, tal vez asesorada por un experto curandero rural, dió á las flores cordiales la misión de aliviarnos de ciertas dolencias.

Forma de emplear estas flores: la infusión. Recipiente adoptado al efecto: la taza. Acompañamiento más usual: el azúcar.

Hay quien se mofa de las flores cordiales. Pero hace muy mal, querido lector.

Si en el ojal del frac ó del *slipin* (como llama al *smokin* la Ruperta) se pone usted un *bouquet* de flor de malva, promoverá usted la *hilación* de cuantos lo vean. En cambio, si con el fin de sudar, cuece usted en un apreciable puchero una varita de nardos, usted sudará; pero será si toma la infusión bajo el sol de Agosto y embozado en la capa; de otro modo no hará usted más que fomentar la coquetería interior de su honrado aparato digestivo (q. D. g.)

No hay, pues, que reirse de las flores cordiales, señores claveles, profundos pensamientos, fragantes rosas y sonoras campanillas; que si es cierto que ellas no embellecen las mesas, ni suelen ser arrojadas desde el palco á los pies de la tiple beneficiada, también es cierto, según dicen, que surten efectos de gran provecho para el individuo, abrigando su fuero interno, reanimando su corazón y hasta confortando su espíritu, aunque parezca imposible que haya espíritu abatido capaz de ser confortado con agua de borrajas. Y á nadie se le ocurre dudar de que el restablecimiento de la salud es cosa más importante que, por ejemplo, el adorno de la cabellera de una dama en día

de toros, adorno para el cual, á su vez, no serían de buen tono las flores cordiales.

Como quiera que este libro no es precisamente un tratado de botánica, ni un *Manual del perfecto herbolario*, creo impertinente aquí un examen teórico de las diferentes plantas cuyas flores reciben el nombre de cordiales vulgarmente.

Sólo sé que se llaman así la flor de malva, la amapola, la violeta, la tila, el azahar, la manzanilla, la flor de saúco, el orégano, la salvia, la luisa, la borraja, la camamila, la calaguala y la yedra, por más que estas últimas no son flores propiamente, sino hojas; de modo que para echárselas al coleteo no hay más remedio que hojearlas, como sucede con los libros.

Todas ellas se emplean en la curación de los constipados, excepto la tila, que se ha inventado para que las señoritas nerviosas se encharquen por la parte de adentro cuando tienen alterado el sistema; el azahar que adorna el pecho de las novias, con más ó menos razón; la manzanilla, que no hace mal papel en los vientres levantiscos; la calaguala, que neutraliza el efecto de los sustos, por gordos que éstos sean, y la camamila, que

viene á ser una camama de menor cuantía.

Estas ligerísimas noticias hanme sido suministradas por la Ruperta, cocinera tan entendida en hierbajos y cocimientos que más bien que concebida por una lavandera humilde, parece haber surgido de las purísimas entrañas de un droguero acreditado.

Aparte de esto, la frase: ¡*Adiós, corazón!* que ayer le soltó un sujeto á una chula en la calle, debe figurar entre las *flores cordiales*. Y no debe despreciarse como flores cordiales á mis amigas Margarita y Rosa, porque al menos para confortar la viscera cardíaca y promover el sudor, creo que pueden servir.

En el empleo de las flores cordiales hay que cuidar de no equivocarse. Una vecina mía pidió á su doncella mucha tila. Y cuando había ya consumido diez y siete tazas, observó que lejos de aplacársele las sacudidas del sistema nervioso, lo que tuvo fué que abstenerse de andar, porque en todas partes se enredaba. ¿Y sabe usted qué fué? Que en lugar de un cocimiento de tila se lo habían hecho de enredaderas.

Concluyo haciendo al lector una advertencia: Cuando tenga usted algún pariente

ó amigo acatarrado que necesite sudar y halle dificultades para conseguirlo, no le dé usted nunca flor de malva: obliguele usted, como á mí me han obligado, á que escriba pronto y bien un artículo ameno sobre las flores cordiales, y si al cumplir el encargo no rompe á sudar como un desesperado, es que no tiene vergüenza en los poros.

A ver á la Pilarica.

Doña Cortina Blanca y Don Cuarto Toro, los señores que viven debajo de mi Pedro, son un par de duros que, sobre tener muchos consortes en el bolsillo, á juzgar por lo que dice el humor de la casa, gozan de un portero envidiable.

Viajan por el vaso de agua como quiea se bebe un ferrocarril y no hay plantas populares donde ellos no pongan las fiestas de los pies.

Después de haber presenciado en San Sebastián la lucha de un toro con un boticario y en Polonia la boda de su prima Cocentina con un tigre, se les metió en el Pilar ir á las funciones de la cabeza.

Ayer, á la caída de la escalera, me los encontré en un descansillo de la tarde.

—¿Adónde van ustedes con tantos vecinos?—pregunté á mis bultos, que conducían en sus maletas varias manos pecadoras.

—Vamos á satisfacer un mixto—respondióme la mano, rascándose la cesta con la señora que llevaba en una pantorrilla.—El capricho de Zaragoza sale dentro de un marido y en él nos vamos mi cuarto de hora y yo á comer gigantes del país, á ver bailar á los melocotones, á oír cantar á los faroles, á ver lidiar á los orfeonistas, á presenciar el famoso Rosario con sus baturros encendidos y sus toros y sus parientes, y sobre todo, á visitar á unos cabezudos nuestros que viven frente á la vista y desean echarnos la Catedral encima.

—¿Les gusta á ustedes la barba aragonesa?—les pregunté, acariciándome la jota.

—¡Ah!—respondió mi prelude.—Oír el vecino de la boca y quedarnos con la jota abierta es todo uno.

—Todavía gozo—añadió ella—con el punteado de una vieja bien tocada, y eso que ya voy para bandurria.

—Pues que se recen ustedes mucho en

las fiestas y que diviertan á la Pilarica por mí y, sobre todo, que haya mucha catástrofe y que no tengan salud ninguna en el camino.

—Mil cosas por el reparo. Pero deseo que lleven ustedes pocas gracias encima.

—Es que ya hemos mandado á la ropa del Mediodía una estación del mundo con un mozo lleno de cuerda por delante.

—¡Si viera usted el gordo que lleva mi mujer para usarlo cuando repiquen bizco, se quedaba usted vestido!

—Y no hablemos del disloque, porque eso es ropa interior.

—Cuando mi admiración circule por el sombrero con el moño que lleva sobre el Coso, va á ser la mujer de todos los zaragozanos.

—Aquí, en esta mejilla de cuero—añadió la mano rascándose la maleta con la señora derecha—no llevamos más que doce pañuelos de níquel, unas tijeras para la nariz, dos paraguas para los callos, una escofina por si llueve, un par de lenguas para el mareo y éter á la escarlata por si tuviéramos apetito. Item más: lomo de sosa químicamente adobado, bicarbonato de cerdo puro,

jarabe para el pelo y horquillas para la tos.

Esto decían mis sonidos cuando los vecinos de la campana de un reloj de oído llegaron á mi cuco, y les dije:

—Vayan ustedes con tren, que no van á llegar al Dios.

—Sí, vamos... ¡Ah!—exclamó la memoria, dándose una viajera en la frente.— ¡Qué palmada la mía! Se me olvidaba dejar á usted una pequeña amistad, válida de la molestia que nos une.

—Señora mía; que en mí tiene usted un día incondicional, servidor es decirlo: ya usted lo sabe desde el memorable excusado en que nos conocimos.

—Pues la permanencia que le pido es que, mientras dure nuestra gracia en Zaragoza, cuide usted de su familia como si fuera un miembro de nuestro gato. Para darle el corazón y pasarle la mano por el alimento, ¿quién mejor que usted, que tiene tan buen lomo?

—Pero si yo...

--No hay amigo; para eso es usted nuestro escape.

--Pero, señores...

--Nada.

En esto don tirón dió un Pedro muy fuerte á su señora, y dejándome con la escalera en la palabra, echó á correr con ella boca abajo; desaparecieron mis ojos ante los dientes y yo me quedé con los viajeros largos. ¡Como que yendo á las fiestas de la envidia me daban una Pilarica morrocotuda!

Y aquí pongo relato á mi punto final; porque tengo esta olla como una cabeza de grillos.

Y ustedes señalen el modo de perdonar.

Las focas sabias.

Instigado por la pícara curiosidad, y fundado en la inteligencia demostrada por ciertas focas célebres que trabajaban en el Circo de Parish, ocurrióseme, no investigar detalles por medio de la domadora, sino dejarme de rodeos y celebrar directamente una *interview* con la más respetable de las perras marinas.

En efecto; fui recibido en audiencia particular, pero muy particular, por el poco esbelto animalucho, y he aquí lo que se dignó manifestarme, después de comerse un puñado de sardinas y la rabadilla de cierto crítico de teatros, por no tener más á mano ningún besugo de la otra clase.

—¡Ay, señor!—me dijo la foca dándome un cariñoso palmetazo en el muslo izquierdo con uno de sus oscuros soplillos la-

terales.—¡Si supiera usted lo que sufrimos las focas desde que vemos la luz en las heladas regiones polares hasta que hacemos equilibrios con la pelota en la pista del Circo ecuestre!...

Nacemos muertecitas de frío bajo el dominio de los equimales, y antes de llevarnos á bautizar nos barnizan todo el físico, nos atusan los bigotes y nos enseñan los rudimentos de la ratación y de la fabricación de sorbetes. Después consultamos nuestras aptitudes, y si hay algunas focas que viven como idiotas y sin poderse dedicar más que á chupar témpanos, á darse baños de asiento y á molestar á la familia, otras nacemos para la vida de la civilización y del arte, y nos consagramos generalmente á los juegos malabares. Porque ha de saber usted que allá en el Polo toda foca digna del nombre que lleva se atiende al siguiente adagio:

«la foca que sale lista,
hace su suerte en la pista.»

Sí, señor: unas vivimos haciendo equilibrios y otras viven desequilibradas, en lo cual nos parecemos á las personas. Pero en una cualidad les aventajamos; pues por lo

que veo, unas brillan en el mundo y otras no, mientras que nosotras *brillamos* todas, aunque perezcamos de hambre, cosa que puede sucedernos si no nos dedicamos á estos espectáculos ó á sus congéneres. Ya ve usted, una compañera mía estuvo allá en la Siberia, cosiendo para fuera durante mucho tiempo, y por poco muere de inanición. Tuvo que dejarlo y dedicarse al baile inglés, y hoy tiene un palacio de hielo lleno de focas modestas y de focos eléctricos consagrados á ella. Otra foca que tuvo casa de huéspedes glaciales en una de las calles más céntricas del Polo Norte, sucumbió ante la frialdad que mostraban los pupilos para el pago, y tuvo que aguzar el ingenio para salir de trampas sin pedir favores á los focos de su alma. ¿Saben ustedes lo que se le ocurrió? Aprovechar el movimiento rotatorio de la tierra para establecer en el extremo de su eje un magnífico Tío Vivo de movimiento natural, perpetuo y económico.

Pues bien; allí donde otras industrias son miradas con una indiferencia glacial (que allí es la indiferencia corriente), el tal Tío Vivo se hizo punto de distracción de los osos blancos, y reunió la foca una fortuna que

no cesará mientras la tierra se digne seguir girando sobre sí misma.

—Sí, señor; hasta ahora nos han considerado ustedes como á seres despreciables, y eso revela una ignorancia supina.

Pues ¿y respecto al canto? Nosotros cultivamos una música modernista que hay que chuparse los dedos. Huímos del *Vorrei morire* y de *La estera confidente*, y damos unas voces que ustedes no entienden, pero que inician una revolución en el *bel canto*. Y si no, fijese usted luego cuando atullemos en la pista mis primas y yo...”

En esto estábamos cuando la domadora nos cortó la conversación para presentar sus lustrosas educandas ante el fotógrafo de una revista ilustrada que iba al Circo con la máquina y con la pretensión de reproducir aquella *troupe*.

—¿Lo ve usted?—me dijo aparte mi amable pinípoda, señalando al fotógrafo.—Este tío viene á enfocarnos, ¿verdad? ¡Pues ahora dígame usted si el venir á enfocar á las focas no es un verdadero colmo de la imbecilidad humana!

EN LA PLAZA MAYOR

Tipos y diálogos.

I

El barquillero y el murguista.

—Ole, señor Blas.

—¿Qué te haces, golfete?

—Lo de siempre, dar vueltas por la plaza á ver si vendo unos pocos barquillos.

—Y á ver si engañas á los muchachos y á las niñeras, ¿verdad?

—Se hace lo que se puede, señor Blas.

—Anda, dame un par de barquillitos para cobrar fuerzas hasta la hora de tocar en el bautizo.

—¡Hola! ¡cayó chapuza?

—Sí: es allí enfrente, en una tienda de juguetes.

—¿Y el chún-chún va á ser dentro?

—No, debajo de los *soportables*.

—¿Tendrá usted mucho que soplar estos días, eh?

—Una cosa regular. Pero ya me va faltando el aire. Sin embargo, bebo los vientos por encontrar una boda que amenizar ó una tienda que abrir.

—Algo más que los vientos beberá usted ..

—Ahora no. Antes abusaba del aguardiente; pero lo dejé, porque me calentaba tanto el estómago que todo lo tocaba con ardor bélico.

—Paece que está usted impaciente.

—Es que estoy esperando aquí á los encargados de la fiesta de Villacarpanta, que me han contratado para el domingo.

—¿Va usted á ir solo?

—No, con mi cornetín de llaves.

—Y cuando cierra usted la casa ¿á quién deja usted las llaves?

—Me las llevo con el cornetín.

—Bueno, señor Blas. Voy á ver si alivio.

—Anda con Dios.

—(Voceando.) ¿Quién los quiere de canela?

II

El monarca y el potro (q. D. g.)

—Oye, caballo.

—¿Qué quiere usted, Don Felipe?

—¿No te cansas de tener la manita levantada?

—No, señor.

—¿Y cómo está ese vientre?

—Siempre hinchado, señor.

—No te lo veo.

—Cuando nos quiten de este pedestal, iré á curarme la hidropesía.

—Si no te destinan á los carros de mudanzas...

—¡Eso no! Sólo de pensarlo se me pone bronce de gallina.

—Creo que nos respetarán. ¡Estamos tan altos!...

—¿Pero de veras es usted Don Felipe III?

—Sí; tercero... con entresuelo.

—Lo que yo siento es tener la cabeza hueca.

—Pues no lo sientas. ¡Cuántos personajes habrá lo mismo que tú, y sin embargo viven felices!

III

Los horteras.

- ¿Qué tal va hoy la venta, Ramón?
 —Talcualejamente, Damián.
 —Pues yo he despachado hoy tres gorras de seda, una de pelo y seis boinas.
 —¡Buena suerte has tenido! ¡Porque mira que hay gorrerías en la Plaza!
 —Pero suele haber negocio para todas.
 —Como que hay la mar de sujetos que van de gorra á todas partes.
 —¡Si gastasen gorritos todos los gorreros!...
 —No llamamos así á los que usan gorra.
 —¿Pues cómo?
 —¡Hombre...sí á los frailes que llevan capucha se les llama capuchinos, á los gachós que llevan gorra... no te digo más!...

IV

La nodriza y el cabo.

- ¡Olé las nodrizas robustas!
 —¡Guasón! ¡De caballería había usted de ser!

- Diga usted, prenda lactante, ¿se enfadará usted si la digo que tengo la mar de envidia?
 —¿De quién?
 —Del rorro.
 —¿Por qué?
 —Porque... Porque va en coche.
 —Bueno, si quiere usted palique, ahí tiene unas cuantas niñeras que se perecen por los militronchos.
 —¿Es que la molesto á usted?
 —No, hijo; pero todo eso me lo puede usted decir cuando cumplamos los dos. Por ahora soy sorda de nacimiento.
 —Está bien, mi reina. Pero no vale ponerse moños, que si usted lleva galones yo los llevo también, y al cabo Sánchez le sobran á cualquier hora veinticuatro nodrizas con leche fresca y hasta con café, si lo pide.
 —¡Burro!
 —¡Vaca!

V

El charlatán.

- “Respetable público: Vengo de dar la vuelta al mundo. Ustedes calculen, señores, si estaré cansado. Pero no me siento... no

me siento abatido, sino dispuesto desde este pináculo de la ciencia (que á ustedes les parecerá un pescante) á mostrarles mi maravilloso descubrimiento, que ha llenado de asombro tanto á los soberanos como á las masas populares de todos los países. ¿Ven ustedes este frasco? Pues encierra, señores, catorce tenias del Ministro de la Guerra de Turquía.

¿Ven ustedes este otro? Pues contiene veinticinco solitarias de una princesa de California, extraídas por mí en diez minutos con mi gran específico, después de haber usado inútilmente todos los sistemas de extracción conocidos, desde los alicates hasta la grúa; desde las reflexiones amistosas hasta la bomba aspirante-impelente. Sí, señoras y señores: con verlo basta. Aquí mismo, en el acto, puedo extraer el funesto cetáceo intestinal á todo el que tenga el gusto de poseerle... Acérquense los interesados... las señoras primero... Ahora van ustedes á ver..."

Loza ordinaria.

Felipa la Cacharrera, ex nodriza de un servidor y actual consorte de un comerciante en pucheros y botijos, se hallaba una vez gravemente enferma.

Los médicos no la entendían (verdad es que ella se explicaba muy mal), y estuvo en un tris ¡en uno solo! que no se fuera á vender jicaras al otro barrio.

El afecto lácteo que nos unía me obligó á velar á Felipa cierta noche en que su acceso *fabril* (como ella decía) era mayor y precisaba más auxiliar á los hijos de la enferma en la complicada tarea de darle friegas, prepararle infusiones y aplicarle sinapismos.

Todo lo hice con la mejor voluntad y únicamente pude dormir hora y media; pero

no sobre mullido lecho, sino encima de una carga de hueveras que aún se hallaba por desembalar.

La cacharrería estaba cerrada.

En las habitaciones encontrábase dos hijos y una vecina de la aspirante á interfecta, y en la trastienda, interrumpiendo una fila de tinajas y reclinando la cabeza en la abundante paja que envolvía las susodichas hueveras, me hallaba yo solito, haciendo inauditos esfuerzos para conciliar el sueño.

Era la primera vez en mi vida que las circunstancias me habían llevado á dormir entre cazuelas.

Al reclinarme en la carga, un profundísimo silencio reinaba en el establecimiento. Pero no tardó en inquietarme un extraño rumor que procedía de la tienda, débilmente iluminada por un candil. Agucé el oído y quedé maravillado ante la escena que se desarrollaba entre los cacharros.

¡Nunca pude imaginarme lo que éstos son capaces de hacer cuando suponen que no les ve nadie!

.....
—Por última vez te advierto—dijo á una olla colorada cierto botijo blanco—que

como vuelvas á mirar al cántaro, te rompo un asa.

—No tengas celos—contestó la olla.—¡Yo sí que podría quejarme de ti, so botijo! Anoche, delante de una alcarraza y dos ensaladeras, que no lo negarán, vi que te besó en la boca cierta fuente de Talavera.

—¿Cuál?

—Aquella que está charlando con el barreño grande.

—¡Qué se habrá figurado la tal fuente-cilla! ¿Que es la Cibeles?

—¡Cállate, olla... de grillos!

—¡Anda de ahí, pitorro triste!

—Vamos, vamos—dijo una palangana pacífica,—eso es nada entre dos platos.

—Dejad á los platos en paz—exclamaron uno sopero y otro de postres, ambos con ánimos conciliadores y con filetes azules.

—Esa olla es una coqueta que merecía estar desportillada—murmuró una chocolatera meneando el rabo.—¿No os acordáis de los disgustos que tiene dados al pobre botijo rojo?

—¡Ya lo creo!—dijo una taza.—¿Y qué ha sido del infeliz?

—Se lo llevó una señora el otro día. Por

cierto que desde entonces está siempre anegado en llanto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque su dueña dice que se rezuma.

.....

Mientras esto sucedía en el centro de la tienda, en uno de sus rincones comentaban dos jarros un tanto ebrios, la formación del nuevo ministerio de cacharros liberales, respecto á la cual sólo pude oír que entraba en Marina el botijo, en Hacienda la hucha, en Agricultura el tiesto y en Gobernación el puchero, reservándose el salero la presidencia del Consejo y adjudicando á dos tinajones los puestos de Gobernador y de Alcalde (1).

Distraído con esto, que me chocó extraordinariamente, no me enteré de que se había recrudecido la pelotera, más bien el drama pasional, entre los aludidos cacharros.

El cántaro se había dejado caer sobre el botijo: la olla y la alcarraza (que era prima de la fuente) vinieron á las asas y todos tomaron el cantarito por blanco de sus iras.

(1) Adviértase que esto ocurría en tiempos de Barroso y de Aguilera

—¡Alma de cántaro!—le gritó una sopera. Pero él no dijo “esta boca es mía.”

Juró el botijo exterminar la especie, y á todos los cántaros presentes se les puso barro de gallina.

Entonces la olla se arrojó sobre el botijo y de un golpe lo dejó seco, y eso que todavía no le habían mojado.

Al verlo las cazuelas, que son muy sensibles, se pusieron á hacer pucheros, con lo cual aumentó el surtido de la cacharrería.

Varias jícaras iban á meter baza; pero el concurso les obligó á callarse vista su escasa capacidad, y tanto se enredó el asunto y tanto menudearon las acometidas y los coscorrones, que en un instante quedó la cacharrería convertida en montón de cascotes y de objetos desportillados.

No sé qué más pasó, pues la enferma tuvo á bien reclamar mis auxilios.

Lo que sé es que los hijos de la Felipa, inculpándome injustamente, sostuvieron á poco del amanecer el siguiente diálogo:

—¡Es mucho Don Juan éste que no ha de tomar en serio ni aun la situación de un enfermo á quien viene á velar!

—¿Por qué dices eso?

—Porque mientras ha estado solo entre los cacharros se ha entretenido en hacerlos añicos.

—¡Si es el espíritu de la destrucción!

—¡Pues bien podía haberse quedado en casa y haber desportillado á su familia!

.....

.....

ENSALADA DE COMICOS

El domínguez de Ramos, al final del meso de Abril, en vez de salir *pa Lourdes*, salió de *soucase* en un *galerón* y fumándose un *chicote* el *hidalgo comendador* de la orden de Santiago D. Domingo Gómez y González.

Era más bien *rubio* que *moreno*; más bien *delgado* que *gordillo*; de *meana* estatura; de *luenga sagi-barba*; pero sin *cabello* sobre la *calvera*, es decir, tan *calvo*, que tenía la *llaneza* como la *palma* de la *manso*. Era también algo *vico*, llevaba traje *pardo*, *pacheco blanco*, corbata no recuerdo *biel* si de *moreu* ó de *simó-raso*, un sombrero más *montenegro* que el *carbone* y, á guisa de *calzado*, *zapater* con *revilla*.

Este hombre, que figuraba con el número *castro* en el *espada-fons* del cuerpo de *ontiveros* y *bibliotecancios*, dirigíase á cierta *vi-*